

desviaciones de ese eje narrativo que son difícilmente justificables y que al menos, en una ocasión, termina convirtiéndose en un cuento aparte que puede leerse de forma independiente. Me estoy refiriendo al tercer capítulo, titulado “Confieso que he matado” y que deja abierta la pregunta acerca del papel que tiene en el marco de la totalidad de la novela. Son casi setenta páginas. Tal vez pueda plantearse la hipótesis de que es parte de una trilogía planeada por Delgado, cuya tercera parte debía llevar como título precisamente “El origen del mundo”, obra que en el capítulo cuarto define como “un nuevo intento, tal vez el último, de escribir algo que fuera mucho más que variaciones, torpemente disfrazadas, de simple patetismo de su vida” (pág. 80).

En el mismo capítulo, se da cuenta también de algunos datos de la historia del cuadro de Courbet. Al inicio fue propiedad de un diplomático turco cuya colección fue rematada después de su muerte, lo que hizo que el cuadro pasara después por muchos propietarios y por muchos sitios, incluyendo un burdel. En 1935 se le da el nombre de *El origen del mundo*. Los nazis quisieron destruirlo, pero sobrevivió a la guerra y los soviéticos vieron en el mismo una especie de alegoría de “la alegría de la mujer en un mundo socialista” (pág. 85). En 1955 fue adquirido por Jacques Lacan y su esposa Sylvia Bataille y, cuando ellos fallecieron, pasó a ser propiedad del Estado francés.

La historia del cuadro que, apócrifa o no, resulta interesante se interrumpe de pronto y Delgado vuelve a sus estudiantes a quienes les propone un ejercicio con el adjetivo “viscoso”, lo que da otra vez para un juego con los dobles sentidos. El quinto capítulo es otro relato aparte –de 35 páginas– que resulta bastante insoportable.

En el sexto sabemos cosas de la infancia de Delgado. De un lado está la muerte de sus padres y su hermana por la explosión de una bomba en un centro comercial. Es algo que no tiene una conexión clara con el resto de la narración; se podría pensar que Delgado, más que con sexo, debería estar obsesionado con la violencia. Y, por otro lado, tenemos noticia de la torpeza sexual de su adolescencia que

en cierta manera anticipa la vida del profesor voyerista.

En ese capítulo, a más tardar, queda claro algo que tal vez explique cierto desagrado que se siente al leer la mayor parte de la novela. Delgado es un personaje grotesco –incluso en un extremo inverosímil– desde niño. Baste con pensar en un pasaje en el que se dice (pág. 119) que a los quince años no sabía qué era la masturbación y que cuando lo supo, tardó “varios meses en entender y aplicar el mecanismo”.

No obstante, pese a que se trata de un personaje grotesco, Arango lo toma demasiado en serio y a ratos narra en un tono claramente patético. Ese patetismo conduce la novela, a mi modo de ver, al fracaso narrativo.

Rodrigo Zuleta

La novela retorna a la familia

Cuestión de familia

TIM KEPPEL

Patricia Torres Londoño (trad.)

Alfaguara, Bogotá, 2009, 238 págs.

AÚN ME intriga el proceso de producción de esta novela, tanto más cuanto se hace necesario testimoniar sobre su altísima calidad literaria y, por tanto, también, de su traducción. ¿Hay un original de la novela completa en inglés? El autor dice en los agradecimientos (¿escritos en español o en inglés?) que “versiones anteriores de extractos” de la novela fueron publicadas en diversas revistas. ¿En español o en inglés? ¿Traducidas ya por Patricia Torres Londoño? O la idea de “versiones anteriores” supone la presencia de otros traductores... O “versiones” del propio autor en español... El caso es que en la página de créditos no figura un título original en inglés, ni el *copyright* de la traductora, cuyo nombre, sin embargo, aparece en la carátula. Díganme algo, por favor. La novela de Keppel es excelente (y a pesar de...); la traducción de Patricia Torres Londoño es impresionantemente buena.

Cuando uno lee una traducción se siente inevitablemente *segundeado*, casi seguro de no estar leyendo un

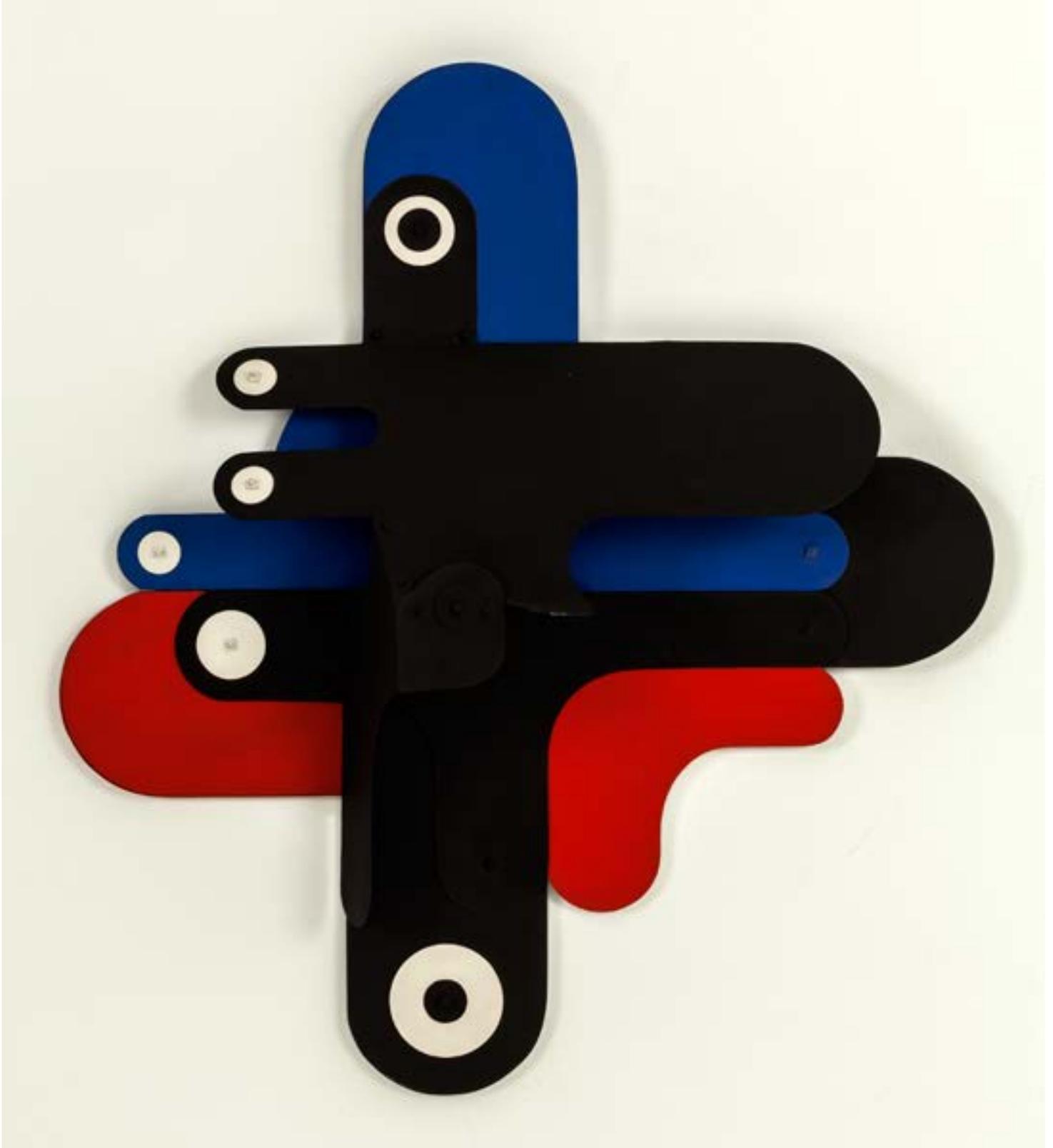
original, al autor verdadero. Pero en este caso uno tiene la sospecha, y dado que el autor vive en Colombia desde hace cerca de quince años (modelo altamente probable de su propio protagonista, el... ¿guionista?, ¿profesor?, ¿periodista? Carl Lofton), que incluso la “versión” en español procede casi directamente de Keppel, lo cual no implica restarle mérito a la traductora sino, de nuevo, sospechar que el autor es bien consciente de sus limitaciones, al menos literarias, con el español. Limitaciones que pueden no ser muchas (ignoro si los cuentos de *Alerta de terremoto* también fueron traducidos para la publicación de 2006), pero que, de nuevo, se sospechan muy específicas cuando se asiste a la maravilla de la fluidez de esta prosa, a su minucia y corrección sintácticas y gramaticales, a la escogencia certera de vocablos, incluyendo coloquialismos y formas idiomáticas, y en fin a la calidad prosódica de su construcción en párrafos, diálogos, insertos entrecomillados y bloques de mensajes (por lo general correos electrónicos) fuera de párrafo. Con el regocijo de lectura de un castellano tan fluido, preciso y hasta rítmico, entendemos, o, de nuevo, sospechamos, cómo pudo darse la necesidad de una traducción, y cómo se habrá congratulado el autor de haber dado, sea por vía de la editorial o directamente, con una traductora tan feliz. Salvo dos o tres puntos puestos a la gringa (los supongo lapsus), algún uso “común” del adjetivo “desapercibido” (en el sentido de “inadvertido”), la preferencia por la elisión de preposiciones en algunas formas verbales (dudo que, o insiste que) y el uso anglicista de la palabra “candor” para –sospecho– traducir *candor*, el texto de *Cuestión de familia* me parece impecable. Y delicioso.



NARRATIVA		RESEÑAS
<p>Pero esto es una novela, no un ejercicio de gramática y sintaxis castellanas. Así que entremos en materia (pero me intriga, me intriga...). Debo partir diciendo que la novela se me cayó en la página 79 y con las páginas inmediatamente siguientes, correspondientes al cuarto capítulo, titulado “Mi Vietnam”. Revisé el faltante de páginas y el índice, con la constatación de que aún faltaban muchos capítulos, y empecé a decir que la novela <i>terminaba</i>, casi perfecta, contundente, en la página 77, con el final del tercer capítulo, cuando la figura de Mamá¹, protagonista axial de la historia, queda ya del todo, por segunda vez, enterrada, a algunos años de distancia, y en cierto sentido, <i>narrativo</i>, vencida, puesto que su asunto de lograr que su hijo, el narrador y coprotagonista, volviera a vivir con ella y escribiera sus memorias (en vida de ella), parece haber quedado liquidado. Hasta ahí, página 77, se ha construido un vigoroso retrato de la dama –Mamá–, una agradable trama de encuentros y desencuentros con su hijo, una entrañable evocación del oponente, el tío Waylon, y con todo ello, finalmente, un conmovedor retrato de familia, que aun siendo testimonio de múltiples conflictos internos presenta a la familia como escenario y trayectoria de un universo vital, y sobre todo por la eficacia y vitalidad en la erección narrativa de los personajes: Mamá, Waylon, y, muy sutilmente –y aquí el verdadero “as bajo la manga”–, el propio narrador, cuya relación con su madre ha sido ofrecida hasta entonces por ocultamientos y parquedades en la información. Vemos, entonces, hasta la página 77, que son estos personajes los que asumen sinecdóquicamente la “cuestión de familia”, sin que se haya hecho mayor ni relevante referencia a otros miembros de la familia, como el padre del narrador, el abuelo, la tía Sally (incorporada a la figura de su esposo Waylon), los hermanos de Carl, Jill y Dave, la segunda esposa del padre o las familias de Jill y Dave...</p> <p>Cuando empezamos a leer “Mi Vietnam” sentimos pronto que al narrador se le acabó la gasolina y el material, porque este capítulo se centra en la</p>	<p>vida de un personaje marginal de la familia, Sonny, que antes no había aparecido, y porque la presencia de Mamá allí es no menos marginal. Ciertas virtudes narrativas y descriptivas siguen dándonos recompensas, pero el lector se sume en la elegía por la muerte de Mamá (que aquí no resucita en su vigor y su significado axial). Waylon parece no regresar ya más, y el narrador... Bueno, Carl, hasta ahora el discreto Carl, entra en un mundo sórdido y brutal que entrega algunas revelaciones sobre su propia vida, revelaciones que justamente ahondan más la brecha, pues es difícil vincularlo, en propósito e historia, con el Carl de los primeros tres capítulos. ¿Será de aquí en adelante la novela una sarta de agregados, de viñetas de personajes nuevos que en su acumulación van completando la cuestión de familia? La paciencia también suele ser una virtud del lector y se ve retribuida: en la medida en que Mamá no deja de poner su sello en medio de la historia del primo esquizofrénico, excombatiente de Vietnam (Sonny), comprobaremos pronto que aún, como personaje y ser vital, tiene mucho que aportar a esta historia, y a la familia. No nos parece probable porque ya la hemos dejado bien enterrada en la página 77. La grata sorpresa es que a partir del capítulo siguiente, “Último amor”, y contra todo pronóstico, empieza a resucitar y a rehacer todos los hilos, cada vez más extensos, complejos y novelescos, hasta el final. Hasta las obras maestras tienen sus bajonazos, querido Tim.</p> <div data-bbox="571 1473 949 1668" data-label="Image"> </div> <p>Por lo demás, el lector comprueba que el autor está manejando con sapiencia una técnica narrativa de superposiciones cronológicas y episódicas que resulta bien interesante, aunque para un lector que, como yo, exige de las “historias” claridades cronológicas, fechas o temporalidades bien definidas, el avance de la “historia” se hace lento y requiere de constantes</p>	<p>confirmaciones para convencernos de que no se está incurriendo en anacronismos e inconsistencias. Quizá uno de los puntos críticos tiene que ver con la relación de la historia de Mamá con el presente del narrador, que en los primeros tres capítulos parece tener fluctuaciones (en realidad por el primero, donde el narrador se sitúa claramente en Cali, a comienzos del siglo XXI, pero por alguna referencia a la presencia habitual de Celia Cruz en la Feria de Cali suponemos que Celia aún está viva, es decir, que el narrador <i>escribe</i> desde algún momento anterior a julio del 2003, cuando más tarde sabremos que Mamá murió en diciembre del 2004, y la perspectiva general de la narración es de unos tres o cuatro años después de su muerte). Los espacios tampoco son, en principio, demasiado insinuados o declarados: discretamente Cali, y algunos lugares pueblerinos de Carolina del Norte. En Cali vive Carl, en su presente, pero también durante los últimos años de vida de Mamá, y en Carolina del Norte, salvo ocasionales estadias fuera, siempre vivió Mamá. El desprecio por el pueblo natal, Dogwood (que será todo menos un pueblo real de los Estados Unidos), es un arma de doble filo en el tejemaneje que suponen las constantes vueltas y revueltas que da la relación Mamá-Carl, y en el develamiento final de toda la <i>cuestión de familia</i>. Ésta tiene que ver por completo con la figura de Mamá, su personalidad arrasadora e imponente, y su costumbre de querer meterse en la vida de los demás, pero no de meterse de manera intrigante o de palabra, sino de meterse en realidad, física y moralmente, para <i>ayudarlos</i> de mil formas posibles, a su manera. La <i>cuestión</i> es cómo recibe o se resiente la familia toda, y solo en ocasiones algunos amigos o allegados, con esta imbatible voluntad de injerencia, de querer arreglarles a todos la vida. Ya hemos dicho que en principio este asunto parece concernir solo al narrador-personaje y su madre; el narrador ya residenciado en Cali y Mamá insistiéndole (con chantajes diversos) en que regrese a su lado en los Estados Unidos, y no precisamente con su nueva mujer, Marci, a quien al comienzo Mamá ve como <i>otra</i> aventura fugaz de su hijo. Waylon allí surge como el oponente porque desde el principio no</p>

1. Mamá es el nombre del personaje. Probablemente se llame Frances Caldwell, pero siempre me referiré a ella como Mamá.

BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO
Últimas adquisiciones

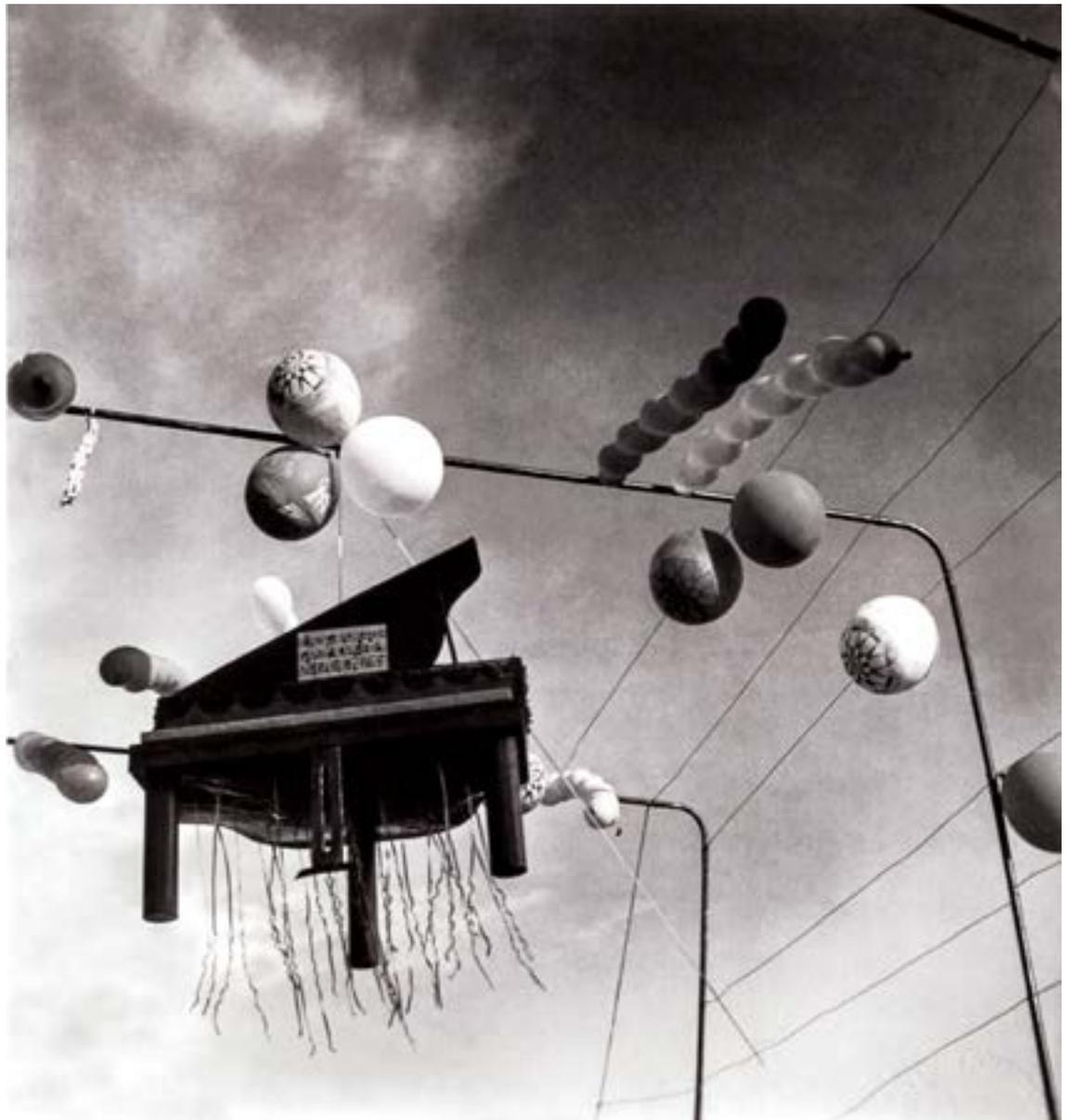


Edgar Negret
Mapa
1957
Ensamblaje
78 x 70,5 x 17,5 cm



Rómulo Rozo
Tequendama
1927
Fundición en bronce
14,5 x 9 x 8,5 cm

Leo Matiz
Piano volando
1950
Fotografía
20,3 x 25,4 cm





Pío Domínguez del Castillo
Retrato de niña
Siglo XIX
Acuarela sobre marfil
6,4 x 5,4 cm

Rosemberg Sandoval
Cauca
1984
Ensamblaje-mixta
(heliografía y tela usada)
270 x 140 cm

Gabriel Orozco
Cristo
2009
Cactus con carbonato de calcio
y pintura de aceite
177 x 72,5 x 35 cm





Oscar Muñoz
Inquilinato
1976
Grafito sobre papel
100 x 204 cm

Juan Pérez Mexia
Juicio final
1684
Óleo sobre lienzo
173 x 128 cm

permite que Mamá se entrometa en su vida conyugal con Sally, hermana de Mamá y a quien ésta desea en forma vehemente mantener en su radio de influencia. Pero, Waylon vive literalmente aplastado por el despotismo y el poder (económico y social) del abuelo, dueño fundador de una próspera fábrica y embotelladora de gaseosas donde el propio Waylon ha aceptado trabajar para mantener a su familia. No obstante, la evocación de Waylon por Carl es entrañable, muy positiva, casi heroica, y destaca su recta y recia humanidad, aun cuando la mayoría de sus apariciones se relacione con el choque permanente con Mamá. En el emotivo final del segundo capítulo, “Negocio de familia”, Keppel, o el narrador, remata esta relación para ponerla en su épica dimensión. Ocurre durante la primera entrada narrativa al episodio del funeral de Mamá, y el pasaje es tan bello que quiero citar lo:

Después de cruzar algunas formalidades, dije:

–Agradezco mucho que hayas venido.

–¿Qué? ¿Creíste que no iba a venir? –dijo Waylon con su habitual tono de pelea.

Entonces Sally me llevó a un lado y me dijo que ella había seguido a su hermana mayor desde que tenía memoria, que la admiraba enormemente y que siempre había tratado de estar a la altura de sus estándares. Luego dijo que a Waylon le había afectado mucho la muerte de Mamá. Se estimaban mucho, dijo Sally. Los dos vivían desesperados por ganarse el respeto del otro.

Asombrado de oír eso, me quedé mirando a Waylon, que estaba al lado del ponche y las galletas, examinando un collage de fotos y recortes alusivos a Mamá. Aunque se esforzaba por parecer indiferente, se veía muy impactado. El gran contrapeso de su vida, ese poderoso opuesto, por fin había desaparecido. Se había quedado sin contendor, como cuando alguien está recostado contra una puerta y esta se abre de repente. [pág. 50]

Luego vuelve el parloteo del loro de comienzos del capítulo, un loro de los vecinos caleños que escucha el narrador y parece decir –¿a sus oídos de gringo que lleva “viviendo doce años”

en Colombia?– “¡Waylon!, ¡Waylon!”. Pero “a Waylon tampoco le quedaba mucho tiempo. Se le notaba en la cara ese día. Murió al año siguiente de un ataque al corazón, mientras pescaba en el muelle de la casa del lago. El gran rival de Mamá por fin descansó [...]” (pág. 50). Intrigado por lo que dice el loro de sus vecinos, Carl le pregunta a un jardinero: “¿Oye ese loro que está allá? ¿Qué está diciendo?”. “El hombre levanta la cabeza y escucha con atención. –Pedro –dice” (págs. 50-51). Fatamorganas del extranjero.



A partir del quinto capítulo (ya dije que el cuarto es un bajón en la intensidad emotiva del relato), y tal vez salvando sin mucha indulgencia el capítulo “Vidas ajenas”, en que nuevas injerencias y matices de Mamá surgen a propósito de su participación en la vida del cineasta, excompañero de Carl, Taylor Sutton, la *cuestión* se afianza en la relación entre Mamá y Carl y también en nuevos momentos y episodios de sus vidas separadas. Por un lado, la relación se centra, ya declarado el cáncer de Mamá, en el tire y afloje de escribir sus memorias (Mamá se empeña en que las escriba Carl, y, claro, ello también es una estrategia para tenerlo cerca, por ejemplo sugiriéndole que pida un sabático en la universidad en Cali, y que lo aproveche para estar con ella); por otro lado, surgen nuevos personajes en la vida de Mamá y se recuerdan otros pasajes de la vida de Carl, aunque en general sin mayor atención, salvo a uno. Es sólo en los dos últimos capítulos, “Ritos de despedida” y “¿De quién nos estamos escondiendo?”, con la entrada final en escena, protagonista, de Jill, hermana de Carl, cuando se completa el tema de la *cuestión de familia*, que parece durante la mayor parte del libro enfocada en la figura de Mamá y en su relación con el narrador. A medida que

avanzamos, sentimos que hay nuevos “ases bajo la manga”, nuevas claves, para entender cuál es el punto, la *cuestión*. Y así es. Vamos atravesando episodios o escenas vigorosos, y siempre arribando a momentos climáticos, marcados estos últimos por imprevistas explosiones del sereno, reservado y racional Carl o por el ahondamiento en sus sentimientos hacia Mamá y el tema de la familia.

Así nos enteramos, en la página 121, de que Carl estuvo casado con una mujer llamada Lauri. Que se fueron a vivir a Raleigh, capital de Carolina del Norte, y que allá les cayó Mamá, para *ayudarlos* en cuanto fuera necesario. La sutileza y el detallismo discreto del narrador van creando un crescendo, en el capítulo “Lazos”, que es a la vez narrativo y emotivo, de cómo las intervenciones de Mamá en sus vidas (de Carl y Lauri) se hacen insostenibles. Cuando digo sutileza y detallismo me refiero a lo que fácilmente veríamos desde afuera como auténticas pen-dejadas. Creo detectar que “todo” comienza con un día en que Mamá les había planeado pasar juntos visitando el museo de arte, yendo a comer a un restaurante y coronando en “un espectáculo musical, para el cual ya había comprado los boletos” (pág. 123). La pregunta de Mamá es el detonante de una cuasi-tragedia: “¿Crees que esa blusita que tiene Lauri sea apropiada para ir al museo?” (pág. 123). Ni se imaginen lo que no es, pues venimos sabiendo de Mamá que es una mujer muy liberal y liberada, además de demócrata militante, feminista, defensora de los derechos de las minorías, etc... Pero le “sugiere” a Carl que Lauri se ponga una de sus blusas. Lauri no está dispuesta a hacerlo. Y para corroborar su malestar con Mamá, le propone a Carl ir en el carro de la pareja, en vez de ir todos en el carro de Mamá, “para no quedar ‘atrapados’” (págs. 123-124). Ahora es Mamá quien se enfurece, porque Carl decide hacerle caso a Lauri y subirse al carro con ella. Lauri deja a Carl en el museo y se regresa a casa. Por lo cual Carl toma unos días después la decisión de marcharse con Lauri a “Arizona, a San Francisco, a Filadelfia”, pero lejos de Mamá. Lauri asintió tres veces (como san Pedro), ante las insistencias de Carl, y al final, para “cerrar el trato”, “me dio la mano,

pero no me la apretó” (pág. 125). En efecto, Lauri fue perdiendo determinación, y eso exasperó aún más a Carl, quien tuvo que marcharse solo a Filadelfia. Allí supo que Lauri había vuelto a visitar a Mamá, y que además fue una vez a casa de un amigo en Filadelfia para intentar una reconciliación. Carl, que declara en la página 134 que “El día que me fui [de Raleigh] fue el más duro de mi vida”, se niega a ver a Lauri, aclarando con verdadero humor negro (bilis negra): “Claro que quería verla. Pero yo acababa de alquilar el apartamento y de pagar el primero y último mes de arriendo, más el depósito. Además, tenía una gripa horrible. (Dicen que en esas ocasiones las defensas se le bajan a uno). Así que le dije a mi amigo que le dijera a su ex mujer que le dijera a Lauri que no. Tenía miedo de perder la determinación” (pág. 136). Conclusión: Carl se separa de su primera esposa, no por ella, sino por no dar su brazo a torcer con Mamá. Y me he extendido en este episodio, porque pienso que desde allí (y no antes) aparecen explicadas las tensiones entre Carl y Mamá (y esto ocurrió a comienzos de los años ochenta). ¿No se vino a Colombia por las mismas razones, muchos años después? Nunca se habla de las circunstancias de este viaje por parte de Carl, ni dónde ni cuándo aprendió español, etc...

Así que Carl también es –bueno, lo vemos con muchas ambigüedades desde el comienzo de la novela– un oponente de Mamá. Y al poner distancia, verdadera distancia, internacional, de paso quiere enviar el mensaje (que envía muchas veces, y a veces de manera clara) de que su familia le importa un gran cuerno. Que el abuelo se va a morir...; que se muera. Que Mamá está enferma...; que se las arregle; que Mamá quiere escribir sus memorias...; que se las escriba alguien que no sea de la familia. ¿Complejo? ¿Resentimiento? Todo ello, pero la verdad del secreto novelesco de *Cuestión de familia* es que tenemos que seguir avanzando en las páginas, a pesar de que Mamá se haya muerto y la hayan enterrado, para poder saber que esos resentimientos y la despiadada representación de Mamá como dama metida y tiránica es solo una apariencia. Poco a poco vamos entendiendo varias cosas: que la figura de Mamá, al

ser enfocada desde muchos ángulos, momentos y matices, va creciendo en humanidad y en estatura moral y afectiva; que las memorias que fueron por varios años manzana de la discordia entre Carl y Mamá son justamente las que nosotros estamos leyendo, y que además Carl fue preparando aún en vida de Mamá a través de investigaciones, apuntes en su libreta y visitas no tan obligadas; y que ante todo –pero esto es lo que irrumpe con inusitada fuerza sentimental en los dos últimos capítulos, en que se narra en detalle los últimos días y momentos de Mamá y sobre todo la aparición en escena de Jill, la hermana de Carl– que la familia a él –como a Mamá, que creía que la familia es lo más sagrado– sí le parece importante. Jill se convierte, en los días posteriores a la muerte de Mamá, en un reemplazo de Mamá, y ello en medio de insólitas confesiones sobre su adolescencia, sobre el dolor que le causaba la desatención de Mamá en los primeros años y sobre cómo también había tratado de controlar su vida y la de su esposo e hijos. Al final, el amor de los dos hermanos por Mamá (Dave, el otro hermano, es apenas un fantasma, como el padre ausente) vuelve a unirlos. Jill le dice: “Ahora que Mamá y Papá ya no están, tengo miedo de que no vuelvas” (pág. 237). “Claro que voy a volver”, responde él, tal vez sin darse cuenta de la incredulidad de Jill y de que el esquema de madre-hijo empieza a repetirse. Pero aún más significativas son la imagen y la escena a que alude el título de ese último capítulo, “¿De quién nos estamos escondiendo?”, una escena ocurrida en casa de Jill la noche después del funeral de Mamá: “El sobrino de Ed [esposo de Jill], un joven guitarrista de rock, lleno de tatuajes y con cola de caballo, nos preguntó a Ed y a mí si queríamos compartir un porro. Ed asintió y bajamos al sótano. Mientras nos congelábamos, exhalando volutas de vapor mezclado con humo, bajó el hermano de Ed, seguido de su esposa y, de última, Jill. Estábamos todos ahí abajo fumando cuando de repente dije: –¡Oigan, un momento! ¿De quién diablos nos estamos escondiendo?” (pág. 238). De Mamá, claro; de Mamá. “Y ahí fue cuando entendí que Mamá estaba muerta”.

Óscar Torres Duque

Aristócrata por convicción, revolucionario por necesidad

Francisco de Miranda ¿Soñador de absolutos?

VÍCTOR PAZ OTERO

Villegas Editores, Bogotá, 2011, 335 págs.

A PARTIR de 2004 el sociólogo Víctor Paz Otero ha venido editando, con el sello Villegas Editores, una serie de ocho novelas históricas, de carácter biográfico, centradas en figuras colombianas, venezolanas y ecuatorianas, de finales del siglo XVIII y del siglo XIX: Tomás Cipriano de Mosquera, José María Obando, Manuela Sáenz, Simón Bolívar, Francisco de Paula Santander y Francisco de Miranda. Hoy nos ocupa la última de estas biografías noveladas, dividida en dos partes y 63 capítulos cortos, fruto de una cuidadosa investigación, basada en el riguroso y ordenado diario y la correspondencia del precursor caraqueño Sebastián Francisco de Miranda y Rodríguez (1750-1816), y algunas otras fuentes, en especial narraciones de cercanos colaboradores de Miranda, consiguiendo conformar una bien lograda relación, en la que entremezcla la realidad con la ficción. El héroe era hijo de español y caraqueño, no perteneció a la elite mantuana, a la que detestaba por cuestiones familiares, pero siempre pretendió ser un aristócrata. Miranda partió muy joven, a los 21 años, de la Capitanía de Venezuela con rumbo a España, con el fin de vincularse al ejército del monarca español, esclarecer su limpieza de sangre, y conseguir un certificado de buena conducta de su padre don Sebastián Miranda.

